

GUERRA Y PAZ EN EUROPA, 1799-1815: LA ERA NAPOLEONICA

El apogeo del imperio

La lucha entre Francia y Gran Bretaña acabó convirtiéndose en la Tercera Coalición antifrancesa (verano de 1805). Gran Bretaña contó para ello con la ayuda de la propia conducta francesa, que sembró inquietud entre las potencias continentales: la captura, en territorio extranjero, y posterior asesinato del duque de Enghien (1804), acusado sin pruebas de la participación en un complot antinapoleónico, fue un síntoma de la determinación del régimen en no detenerse en medios para acallar la oposición interna; las disposiciones tomadas en política exterior parecían demostrar similar determinación en la prosecución de una línea expansionista: conversión de la República de Italia en monarquía hereditaria, de la que se hizo coronar rey Napoleón (mayo 1805), delegando en Eugenio, hijastro de Napoleón, como virrey; concesión a su cuñado Felice Baciocchi, casado con su hermana Elisa, de los principados de Piombino (1805) y Lucca (1806); anexión de Génova al imperio francés (junio 1805).

Esta prepotencia facilitó que Rusia, Austria y Nápoles se alineasen con Gran Bretaña, como también lo hizo Suecia, esta última presionada por los británicos y rusos, que le amenazaron con el bloqueo marítimo y la ocupación de Finlandia. Por el contrario, los estados alemanes del sur, beneficiados en 1803 por su acercamiento a Francia, se unieron a ésta ante la inminente guerra, mientras Prusia mantuvo una difícil neutralidad.

La rapidez de movimientos del ejército francés fue decisiva, al impedir la completa unión de las fuerzas austríacas y rusas, derrotando primero a los austriacos (Ulm, octubre de 1805) y después a las tropas austrorusas (Austerlitz, diciembre de 1805). Austria se vio obligada a firmar la paz (Presburgo, diciembre de 1805), con duras condiciones que significaron la desaparición de su influencia en Italia y Alemania: pérdida de Venecia, Istria y Dalmacia (incorporadas al reino de Italia); concesiones territoriales a los estados alemanes aliados de Francia. Desde esta más sólida posición, Napoleón estuvo en disposición de efectuar un reordenamiento del espacio alemán e italiano, que en parte se concretó en el asentamiento de miembros de su familia en nuevos estados. En Alemania, Prusia se vio forzada a aceptar Hannover (antigua posesión del monarca británico) a cambio de ceder el ducado de Cléveris, cercano al Rin, que junto con el ducado de Berg (hasta entonces pertenencia de Baviera) conformaron el nuevo Gran ducado de Berg, concedido a su cuñado Murat. Poco después (julio de 1806), se creaba la Confederación del Rin (16 estados alemanes confederados, en alianza militar con Francia), con Napoleón de protector, y con la exclusión de Prusia y Austria. Era el fin del venerable Sacro Imperio Romano Germánico. En Italia lo más importante fue la expulsión de los Borbones de Nápoles, reino concedido a su hermano José (1806); junto con la entrega a sus hermanas Elisa y Paulina de los principados de Piombino y Lucca (1805-1806) y Guastalla (1806) y la elevación de su hijastro Eugenio a virrey de Italia (1805), Italia quedaba mayoritariamente controlada por miembros del clan familiar. El acceso al poder de los napoleónidas se completó, en 1806, con la creación del reino de Holanda para el hermano menor, Luis.

La derrota austriaca había desarticulado la coalición antifrancesa, sin que por ello Gran Bretaña y Rusia firmasen la paz. Antes al contrario, las hostilidades se reanilaron con la entrada en la alianza de Prusia, al lado de rusos y británicos (Cuarta Coalición), temerosa de verse casi rodeada por un imperio francés que ya le había expulsado hacia el este. El ultimátum prusiano para la retirada de Francia al otro lado del Rin desencadenó una nueva guerra que, en poco más de medio año (entre octubre de 1806 y junio de 1807) y a lo largo de dos fases, supuso la victoria francesa sobre Prusia y Rusia. La primera fase (octubre de 1806) se saldó con aplastantes victorias francesas sobre el ejército prusiano (Iena y Auerstaedt). El enfrentamiento entre Francia y Rusia sobre territorio polaco, más largo e incierto, acabó en triunfo francés primero y en un acuerdo global después (tratado de Tilsit, julio de 1807), por el que ambos contendientes imponían su hegemonía sobre el resto de Europa. Los términos del tratado preveían la incorporación de Rusia al bloqueo continental contra Gran Bretaña, a cambio de compensaciones a costa del Imperio turco (Moldavia y Valaquia) y de Suecia (Finlandia) y el reconocimiento ruso del nuevo reino de Westfalia (concedido a otro hermano de Napoleón, Jerónimo), creado sobre territorios de estados alemanes del centro-norte aliados de Prusia. El estado prusiano, el gran perdedor, subsistió pero a costa de perder la mitad de su población y de su territorio, parte del cual servía para crear el Gran Ducado de Varsovia, confiado al rey de Sajonia y por ello ligado a la Confederación del Rin.



La alianza franco-rusa de Tilsit permitió a Napoleón concentrarse en la lucha contra el principal adversario del imperio, Gran Bretaña. Para derrotarlo el camino a seguir era el de la asfixia a través del bloqueo comercial (implantado por el decreto de Berlín, en noviembre de 1806), que se suponía que acabaría provocando una crisis económica generalizada y trastornos revolucionarios. Pero, para su efectividad, el bloqueo tenía que ser completo, sin resquicios para el contrabando y sin zonas libres de la costa europea accesibles a la marina británica, lo cual exigía el control del perímetro costero del continente y la persecución del tráfico ilegal. La búsqueda de un bloqueo bajo tales condiciones dio lugar a resultados indeseados, pues: a) desarticuló las economías relacionadas con Gran Bretaña (Francia no consiguió sustituir a aquélla como suministrador y comprador, pero se benefició de la desaparición de un competidor) y propició el sentimiento antinapoleónico en territorios aliados u ocupados y la negativa a unirse al bloqueo en los países independientes; b) para asegurar el cumplimiento bloqueo el Imperio realizó una política de anexiones, que aumentaron la desconfianza hacia Francia y acabaron conduciendo a nuevas guerras. A la larga, las consecuencias del bloqueo fueron desastrosas para Francia: no consiguió su propósito de dominar a Gran Bretaña y resultó en buena medida responsable de las fatales invasiones de España (1808) y Rusia (1812).

La intervención en la península Ibérica se planteó inicialmente como operación destinada a acabar con la independencia de Portugal, ligado a Gran Bretaña y por tanto no dispuesto a aplicar el bloqueo. De acuerdo con España (tratado de Fontainebleau, octubre de 1807) las tropas francesas entraron en Portugal y ocuparon Lisboa (noviembre de 1807). La presencia francesa en la Península ibérica acabó derivando en la ocupación de España, seducido Napoleón por las aparentes facilidades que la rivalidad entre el monarca Carlos IV y su hijo Fernando concedían a la empresa. El trono español pasó al hermano mayor de Bonaparte, José, (que a su vez cedió el trono napolitano a su cuñado Murat) pero el nuevo monarca tuvo que hacer frente a una insurrección antifrancesa que derivó en una guerra prolongada que fue minando las fuerzas del imperio napoleónico. De momento, hizo necesario el envío a España de la Grande Armée, lo mejor del ejército imperial, con Napoleón al frente, para acabar con la rebelión y expulsar al ejército inglés que había desembarcado en la península.

Esta circunstancia la aprovechó Austria, también descontenta con el bloqueo porque le afectaba negativamente la interrupción del tráfico entre el litoral adriático (Trieste) y Europa central, para entrar en una nueva guerra contra Francia, en alianza con Gran Bretaña (Quinta Coalición). Napoleón tuvo que abandonar precipitadamente el territorio español con parte del ejército para enfrentarse a los austriacos, a quienes consiguió vencer, aunque de forma más difícil y costosa que en la anterior confrontación, en la batalla de Wagram (julio de 1809), aunque la victoria no aseguró el apaciguamiento, pues el dominio dependía cada vez más de la presencia militar, como se encargaron de demostrar la insurrección en Tirol y los amagos de sublevación en Alemania. La paz de Schönbrunn (o tratado de Viena), firmada en octubre de 1809, estableció condiciones rigurosas para Austria, que perdía cerca de cuatro millones de habitantes (aproximadamente 1/6 de su población) y se veía privada del acceso al mar (cesión del litoral Adriático a Francia), así como de Salzburgo (a Baviera) y de Galitzia (repartida entre el Gran Ducado de Varsovia y Rusia).

Esta nueva victoria, junto con la estabilización de la guerra en la península Ibérica, permitió a Napoleón plantearse la consolidación del imperio y su ulterior reorientación. Es en este contexto en el que hay que situar la sucesión imperial: Bonaparte no tenía hijos de su matrimonio con Josefina, tras más de doce años de casados, aunque ambos tenían hijos de anteriores relaciones (Josefina, de su anterior matrimonio; Napoleón, en 1807, de su relación con la noble polaca María Walewska). La anterior paternidad de Bonaparte parecía asegurar la posibilidad de tener heredero, siempre que se divorciase de Josefina, cosa que hará en 1809, y contrajese nuevo matrimonio. En este caso, podría enlazar con alguna familia real. El realismo del ministro austriaco Metternich, que creía conveniente, aunque de forma provisional, una alianza con Napoleón dada la debilidad de Austria, facilitó la boda con María Luisa (1810), hija del emperador Francisco I. Un año más tarde nacía el heredero.

La opción dinástica de Napoleón tuvo notables consecuencias: el enlace imperial --con la carga simbólica de ser otra Habsburgo quien venía a sustituir a María Antonieta menos de veinte años después de haber sido guillotinado por la revolución-- representaba un nuevo alejamiento de Napoleón de los principios revolucionarios, produjo descontento en el clan familiar, que se veía relegado por inesperados miembros, e influyó sobre el carácter del imperio. Ya, antes del Imperio, éste se orientaba desde la federación según el modelo carolingio (un eje París-Frankfurt-Milán, con el emperador como soberano de los reyes europeos, entre ellos los monarcas de su familia) hacia un carácter unitario (de acuerdo con el



modelo del imperio romano), con centro en París, porque desagradaba a Napoleón la actuación de los miembros de su familia, más independiente de lo deseado, y deseaba acabar con el nacionalismo emergente en los reinos de Italia, Westfalia, Holanda y Nápoles. Tras el matrimonio y el nacimiento del heredero, se acentuó el carácter unitario y dinástico del Imperio: Roma sirvió de referencia histórica (el heredero fue nombrado rey de Roma en 1811) y las nuevas conquistas napoleónicas se unieron directamente al Imperio.

Si el matrimonio con la hija del emperador austriaco ayudó a la consolidación del Imperio, el distanciamiento de Rusia aportó un nuevo factor de inestabilidad. El empeoramiento de las relaciones francorusas obedecía a factores económicos y políticos. Entre los primeros hay que tener en cuenta el perjuicio que causaba a Rusia el funcionamiento del bloqueo, pues desarticulaba las relaciones comerciales entre rusobritánicas --exportaciones rusas de trigo y de suministros navales--, sin sustituirlas por otras válidas, pues Francia apenas importaba productos rusos y tampoco exportaba a Rusia manufacturas en cantidad y variedad suficiente. Entre los factores políticos destaca el descontento ruso por la creciente presencia francesa en el Gran Ducado de Varsovia, por la negativa francesa a aceptar un incremento paralelo de la influencia rusa en el Imperio turco y por las anexiones francesas de los Estados Pontificios (ocupados en 1808 e incorporados al Imperio en 1809), del reino de Holanda (en 1810, tras la abdicación de Luis Bonaparte) y de los territorios alemanes del mar del Norte (diciembre de 1810), motivadas por el deseo de asegurar una mayor efectividad del bloqueo.

La campaña de Rusia y el hundimiento del imperio napoleónico

Por las razones expuestas, el bloqueo tuvo una responsabilidad importante en el desencadenamiento de una nueva guerra. Desde 1811 ésta parecía inevitable. Si se retrasó, fue por la necesidad de prepararla previamente:

Desde el punto de vista diplomático, asegurando alianzas o neutralidades. Francia impuso a Prusia y a Austria la colaboración armada (20.000 y 30.000 hombres, respectivamente). Rusia consiguió asegurar la neutralidad de Suecia (abril de 1812) y de Turquía (tratado de Bucarest, mayo de 1812), en este caso al renunciar a Moldavia y Valaquia.

Militarmente, poniendo Francia en pie de guerra un colosal ejército de unos 650.000 hombres. Pero, la dimensión de esta Grande Armée conllevaba inconvenientes: minoritaria participación francesa (sólo 1/3), difícil maniobrabilidad de unos efectivos tan amplios y heterogéneos, problemas de abastecimiento. Rusia, con efectivos menores, se vio obligada a plantear una campaña defensiva. Desde que la Grande Armée cruza el Niemen (junio de 1812), Napoleón esperaba aniquilar a su adversario en una campaña rápida e imponerle la paz. Pero los rusos evitan enfrentamiento directo y el ejército napoleónico comienza a deshacerse a resultas de las enfermedades y la falta de abastecimientos. La victoria de Borodino (setiembre de 1812), único enfrentamiento serio, permitió ocupar una Moscú previamente incendiada, pero ello no forzó a los rusos a negociar, por lo que, ante la inminencia del invierno, las tropas napoleónicas tuvieron que emprender una retirada penosa, durante la cual, víctimas del frío y de los hostigamientos, perdieron la mayor parte de sus efectivos: únicamente 100.000 soldados consiguieron cruzar el Niemen, de vuelta a Polonia.

Aunque Napoleón entró en París, precedido de un propagandístico "Boletín" de la Grande Armée ("Jamás la salud del Emperador ha sido mejor"), lo cierto es que el fracaso de la campaña de Rusia dejaba la máquina militar del Imperio en una situación precaria, pues era necesario reponer las pérdidas sufridas y los nuevos soldados carecían de experiencia, reducía la confianza hacia el emperador de aliados y súbditos y estimulaba a sus enemigos. Estas circunstancias, unidas a la negativa de Napoleón a efectuar concesiones, acabaron propiciando su derrota. El ejército ruso tampoco estaba en condiciones de continuar la guerra en la Europa Central en solitario, pero vino en su ayuda Prusia, donde el sentimiento patriótico había prendido desde años atrás y, a su amparo, se habían realizado reformas en la sociedad y en el ejército, que aumentaron su eficacia militar. Prusia declaró la guerra a Francia (marzo de 1813), en alianza con Rusia, si bien el llamamiento de ambas potencias a Alemania no encontró eco en unos estados temerosos de un movimiento a destiempo. Tampoco Austria se quiso comprometer abiertamente, a la espera de negociar ventajosamente su neutralidad.



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

La campaña napoleónica contra rusos y prusianos fue brillante (victorias de Lützen y Bautzen, en mayo de 1813), pero la falta de caballería impidió a los franceses obtener ventajas decisivas. En tal situación, el armisticio propuesto por Austria (Pleiswitz, junio de 1813) fue bien recibido de una y otra parte. Si Napoleón esperaba ganar tiempo para reforzar su ejército, sus adversarios iban a sacar mayores ventajas. Gran Bretaña, revitalizada su economía tras el cese del bloqueo y con Castlereagh, seguidor de Pitt, como ministro de Asuntos Exteriores, se unió a la alianza rusoprusiana, lo que también hicieron Austria y Suecia. Entre tanto, la situación en la península Ibérica, que ya se iba deteriorando desde 1812, se había hecho insostenible para los franceses tras la derrota de Vitoria (junio de 1813).

El enfrentamiento entre las tropas napoleónicas y las de la Sexta Coalición tuvo lugar en Alemania (batalla de Leipzig, octubre de 1813), en condiciones de ligera superioridad numérica para los aliados. La victoria aliada supuso el derrumbamiento del poder napoleónico en Alemania y la retirada de los restos del ejército francés al otro lado del Rin. La invasión francesa era sólo cuestión de tiempo si los aliados se mantenían unidos, sin que fuese de temer una reacción patriótica similar a la de 1793, pues ahora el cansancio de la guerra entre la población francesa, agotada por las exigencias en dinero y hombres, no hacía previsible una defensa a ultranza del Imperio. Mientras, éste se iba descomponiendo: establecimiento de un gobierno provisional en Holanda (noviembre de 1813), rechazo por parte de Suiza del Acta de Mediación (diciembre de 1813), reposición de Fernando VII en el trono español (tratado de Valençay, diciembre de 1813), defección de Murat en Nápoles, que se alió con Austria para salvar su trono (enero de 1814).

Ante tropas muy superiores y sin el respaldo unánime de los franceses, la resistencia de Napoleón estaba condenada al fracaso. Mientras, los aliados, a iniciativa de Castlereagh, llegaron a acuerdo sobre las futuras fronteras de Francia (febrero de 1814, Châtillon-sur-Seine), reducidas a los límites de 1792. Poco después (marzo de 1814, Chaumont) Gran Bretaña, Prusia, Rusia y Austria firmaron un tratado de alianza, comprometiéndose a aportar 150.000 hombres cada uno en la ofensiva final contra Napoleón, a no establecer una paz por separado y a reconocer la validez de los cambios que habían surgido de la desintegración del Imperio. Quedaba por resolver la sucesión política en F. De entre las varias opciones que se barajaron se acabó imponiendo el restablecimiento de los Borbones, que ofrecía las ventajas de la legitimidad monárquica y de la concordancia entre los nuevos límites territoriales y los existentes antes de la supresión de la monarquía.

La caída de Napoleón se produjo en las siguientes semanas, acelerada por la defección de gran parte de la élite imperial, enriquecida y ennoblecida durante el régimen, que no estaba dispuesta a arriesgarlo todo por fidelidad al Emperador. El 6 de abril 1814 se producía la abdicación de Napoleón, formalizada poco después (11 de abril) en el tratado de Fontenaibleau. El ex-emperador recibía la isla de Elba, en la costa occidental italiana, no lejos de su Córcega natal, y Luis XVIII (hermano de Luis XVI) era reconocido como rey de Francia.

El retorno temporal de Napoleón (los "Cien Días": 1 de marzo de 1815 a 22 de junio de 1815), aprovechando la facilidad de movimientos de que gozaba en Elba y el tirón popular que tenía entre muchos franceses, no alteró sustancialmente la situación. La experiencia, clausurada militarmente con la batalla de Waterloo (junio de 1815), supuso para Napoleón el cambio de la cómoda reclusión en el Mediterráneo italiano por el remoto confinamiento en la isla atlántica de Santa Helena, muy lejos de la Europa que tanto había convulsionado. Tras este período, el segundo tratado de París, en setiembre de 1815 (el primero se había celebrado en mayo de 1814, tras la primera capitulación de Napoleón) impuso a Francia unas condiciones de paz algo más duras, pero no draconianas: recorte de algunas plazas fronterizas (pérdida de 5.000 km² y 300.000 hbs); indemnización de 700 millones de francos (aproximadamente, los ingresos del estado francés durante un año) y presencia militar aliada en el noreste del país para asegurarse el cumplimiento de la indemnización. Por entonces, el nuevo orden que se estaba construyendo en Viena ya había asignado a la monárquica Francia un papel importante en el tablero de la Europa de la Restauración.

Obra publicada en 1993 (Madrid, Editorial Eudema), descatalogada en la actualidad (extractos)